



A medida que los días han ido pasando, resulta cada vez más difícil referirse a don Jaime Eyzaguirre. Pareciera que al cobrar su figura un relieve creciente, tras el vacío inmenso que ha dejado, fuera en la meditación silenciosa de su vida y de su personalidad, donde nos encontráramos más cerca suyo. Pero un deseo de gratitud y un imperativo de la responsabilidad que sentimos ante su muerte, nos move a intentar añadir algunos consideraciones a lo mucho que, con mayores autoridades, ya se ha dicho sobre él.

Es cierto que la posteridad recordaría a don Jaime Eyzaguirre como uno de los más grandes historiadores que Chile haya producido. Tal vez como nadie, entendía la Historia como un medio para desentrañar el interior de los hombres y de los pueblos. En sus manos ella jamás fue algo meramente anecdótico; mucho menos un conjunto inorgánico de personas y acontecimientos; menos aún, un instrumento difusor de las bujías. Sin perder jamás la exactitud del rigor científico, su análisis penetraba siempre con honradez en lo medianas del significado de los hechos, de las épocas y de las instituciones.

Hace algunos años nos tocó oír una conferencia en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, que él mismo, con modestia, tituló "En busca del alma de Chile". Difícilmente podríamos olvidar el impacto que la profundidad de su visión provocó en el auditorio que lo escuchaba. Al salir, todos tuvimos la

clara sensación que, añadiendo una mediación paciente a los esfuerzos —muchas veces áridos— de la investigación, don Jaime Eyzaguirre había logrado desentrañar el alma de nuestra Patria.

Por eso, y no por mero capricho, era un gran hispanista. Porque creía en la Tradición, que engranza una generación con la otra, hasta llegar al trono mismo de la nacionidad. Y en ese trono ex donde está presente España, con la reciedumbre de su fe, la noblesa de sus "hidalgos" y esa aventura histórica sin igual, que fue la Hispanidad, de la cual brotarían un día veinte naciones hermanas a la civilización occidental y cristiana.

La posteridad tendrá que reconocer, sin duda, que don Jaime Eyzaguirre cambió, en buena medida, el enfoque de nuestra Historia nacional.

Pero para quienes lo conocimos más a fondo,iendo eso se nos aparece como en un segundo plano. Y es que no hemos perdido sólo a un gran historiador. Se ha ido un Maestro de la intelectualidad, de la juventud y de la Iglesia Católica chilena.

Maestro no es sólo el que enseña. Ni siquiera el que enseña bien. Maestro es la

persona que, por un impulso interior de vocación, coloca sus talentos al servicio de los demás seres humanos, en la intención de alumbrarla el camino que cada cual tiene por delante. Convertido, por obra del amor, en luz y guía de cuantos lo rodean, el Maestro ha de ser amigo y ejemplo para sus discípulos. Amigo, porque, como dijo Sant'Exupéry, "solo se vive bien con el corazón"; lo esencial es invisible para los ojos". Ejemplo, porque sólo cuando la Verdad se encarna es capaz de ser leída en su misión de arrastrar hacia ella a los demás.

Don Jaime fue Maestro; y por eso fue amigo y ejemplo.

Nunca un problema humano fue ajeno para él, y quienes lo necesitaron en algún momento, jamás dejaron de encontrar su palabra de consejo y de apoyo. La fe religiosa fue el norte de su vida y, fortalecido en la oración, consagró a su apostolado las mejores horas de su existencia. Con la integridad de los espíritus selectos, vivió sus ideas hasta las últimas consecuencias. Por eso jamás tuvo ambiciones materiales. Por eso también, su voz resonó siempre, valiente y segura, en defensa de sus convicciones. Y porque no sólo creía en

ellas, sino que las vivía y las amaba, sufrió intensamente si verlas quebradas; al ver la crisis actual de la Iglesia que, con la dimensión histórica de su juicio, estimaba de una gravedad muy particular. Podría decirse que tenía la virtud suficiente para, al contemplarla, sufrir en forma vital.

Su último artículo de prensa, titulado "¿A quién obedece en la Iglesia?", era un reflejo de esa angustia que sentía. Había quien intentó detenerlo con una distrucción, pero ni siquiera lo rozó. ¡Había tanto distanciamiento entre él y su agresor! Entretanto, don Jaime calló. Nadie tenía que responder a un insulto personal; no habiendo principios de por medio, sacrificó así amer preciosa con un humilde silencio. Como calló cuando, en la Universidad Católica, conocida la ingratitud y la injusticia en horas amargas de su vida. Su actitud, para quienes estuvimos cerca suyo en esos momentos, constituyó una nueva gran lección.

Sufrir por valores espirituales, buscar el servicio y no el triunfo, parecen atractivas irrealizables en nuestra época. Por eso es que su fallecimiento ha causado una conmoción especial en todos cuantos lo conocieron de cerca.

Hasta sus funerales llegó S.E. el Jefe del Estado, en medio de las múltiples actividades oficiales que reclamaban su presencia. Llegaron obispos, sacerdotes, autoridades militares, figuras intelectuales, representantes de la Hispanidad (encabezados por el propio Embajador de España), de las Academias históricas y literarias, de los profesores y alumnos de la Universidad de Chile y de la Dirección Superior de la "Antigua Universidad Católica". Convaleciente, concurrió al Templo el ex-Hector Monseñor Alfredo Silva Santiago, y concedió la misa el ex-Prorrector Pbro. don Adriano Ríos. Sólo de la "nueva Universidad Católica", que "por la revolución, crece junto al pueblo", no hubo nadie. Para ella, los treinta años de servicio desinteresado de don Jaime a nuestra Universidad, no contaron.

En el sentido homenaje póstumo de sus funerales, intuimos que principiaba la eternidad de todo lo que don Jaime sombría. A quienes tuvimos el privilegio —regalo de la Providencia— de encontrarnos en nuestro camino, nos resulta difícil pensar que se ha ido, porque en su misión de guía nos era demasiado necesario. Nos resistimos a la idea de mirar, nor tremadamente profundo, el vacío que dejó. Pero con la fuerza de la fe que recibíramos de él, sentimos el deber de estrechar filas y de hacer fructificar su ejemplo. Deber que nos incita, hoy sobre todo, a una juventud de la cual fuera su más señalado Maestro.

DON JAIME EYZAGUIRRE, MAESTRO, EJEMPLO Y AMIGO

por JAIME GUZMÁN E.

Don Jaime Eyzaguirre, maestro, ejemplo y amigo [artículo] Jaime Guzmán E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán E., Jaime

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Jaime Eyzaguirre, maestro, ejemplo y amigo [artículo] Jaime Guzmán E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)